

El infinito viaje de una gota de agua

Allí estaba ella. Pequeña, transparente y radiante al sol. Una simple gota de agua colgando en la hoja de un árbol, esperando pacientemente el momento de continuar su eterno recorrido. Si pudiéramos escuchar su pensamiento, seguramente nos contaría todas las aventuras que ha vivido a lo largo de milenios. Porque esta gota, como todas las gotas de agua del planeta, tenía una historia interesante que contar.

Llamémosla Goti. No, no es un nombre especialmente original, pero a ella le gustaba su sencillez. Goti había existido desde tiempos inmemoriales, transformándose constantemente en apariencia, pero siendo siempre la misma en esencia. Había formado parte de océanos gigantescos, de esponjosas nubes, de ríos caudalosos y pequeños estanques. Había caído como lluvia, como nieve e incluso como granizo. Había estado en las profundidades del mar y en lo más alto del cielo. Y ahora, estaba aquí, a punto de iniciar un nuevo ciclo en su interminable viaje.

El sol del amanecer comenzó a calentar con fuerza. Goti podía sentir cómo su cuerpo se volvía cada vez más ligero, cómo se transformaba poco a poco. "¡Está empezando!", pensaría si pudiera hablar. La evaporación estaba ocurriendo. Sus moléculas se separaban, volviéndose invisibles para el ojo humano. Goti se estaba convirtiendo en vapor de agua.

Ascendió lentamente al cielo junto con miles de millones de otras gotas evaporadas de lagos, ríos, océanos y plantas. Todas subían en una danza silenciosa e invisible, empujadas por corrientes de aire cálido. Más arriba, más arriba y aún más arriba, hasta alcanzar las capas más frías de la atmósfera.

Allí, el frío hizo que Goti y sus compañeras se unieran nuevamente, formando pequeñas gotas. Se juntaron tantas que crearon una enorme nube blanca y esponjosa. Ahora, Goti formaba parte de un gran cúmulo que flotaba tranquilamente por el cielo azul, empujado por el viento.

La nube viajó durante días, sobrevolando montañas, desiertos y océanos. Desde su altura, Goti podía admirar paisajes maravillosos: ciudades llenas de luces, bosques verdes que se extendían hasta el horizonte, montañas nevadas y playas doradas.

Un día, mientras sobrevolaban un bosque, la nube encontró una corriente de aire frío. Las gotas dentro de la nube, incluida Goti, comenzaron a hacerse más grandes y pesadas. "¡Es hora de caer!", habría exclamado Goti si tuviera voz. Y así, comenzó su descenso hacia la tierra en forma de lluvia.

Goti cayó rápidamente, sintiendo el viento a su alrededor. Observaba cómo las demás gotas también descendían, formando una cortina de agua que empapaba todo a su paso. Abajo, las plantas parecían estirarse hacia arriba, como si quisieran recibir ese regalo del cielo. Los animales buscaban refugio, excepto algunos que disfrutaban la refrescante lluvia.

Finalmente, Goti aterrizó con un pequeño "splash" en la hoja de un helecho. Resbaló sobre la superficie encerada y cayó al suelo, donde se unió a otras gotas para formar un pequeño arroyo. El arroyo corría alegremente entre piedras y tierra, recogiendo más agua a su paso y haciéndose cada vez más grande.

Pronto, el arroyo se unió a un río. El río era poderoso y majestuoso, y llevaba a Goti y a millones de otras gotas a través de valles y llanuras. A veces, el río fluía tranquilo y sereno; otras veces, se precipitaba en rápidos emocionantes que hacían que Goti girara y saltara entre las rocas.

En su recorrido, Goti vio cómo algunos animales se acercaban a beber del río. Observó a niños jugando en las orillas, lanzando piedras que rebotaban sobre la superficie del agua. Vio a pescadores pacientes con sus cañas y a grandes barcos que navegaban en las partes más anchas del río.

También vio cosas que la entristecieron: basura flotando en el agua, líquidos extraños y de colores que se mezclaban con el río, volviéndolo menos claro y puro. "Si los humanos supieran lo importante que soy para ellos", habría pensado Goti, "me cuidarían mejor".

Después de muchos días de viaje, el río finalmente llegó al océano. Goti se mezcló con la inmensidad del agua salada, sintiéndose pequeña pero, al mismo tiempo, parte de algo inmensamente grande y poderoso.

El océano era un mundo completamente distinto al río. Estaba lleno de criaturas fascinantes: peces de colores brillantes, medusas transparentes que parecían bailar en la corriente, enormes ballenas que se desplazaban como montañas submarinas, y pequeños caballitos de mar que se aferraban a las algas con sus colas rizadas.

Goti pasó mucho tiempo en el océano, moviéndose con las corrientes marinas, viajando de un lado a otro del planeta. A veces estaba cerca de la superficie, calentada por el sol y mecida por las olas. Otras veces, se hundía en las profundidades oscuras, donde criaturas extrañas y luminosas habitaban en un mundo sin luz solar.

Un día, mientras flotaba cerca de la superficie, Goti sintió nuevamente esa sensación familiar. El calor del sol la estaba transformando otra vez. Comenzó a elevarse, convertida en vapor, iniciando una vez más el ciclo que había repetido incontables veces a lo largo de millones de años.

Pero esta vez, su viaje fue distinto. La corriente de aire la llevó hacia una ciudad, donde el humo de los coches y las fábricas hacía que el aire fuera más difícil de atravesar. Cuando finalmente se unió a otras gotas para formar una nube, esta no era blanca y esponjosa como antes, sino gris y pesada.

Y cuando cayó como lluvia sobre la ciudad, Goti notó que algo había cambiado en ella. El aire contaminado había alterado su composición, haciéndola más ácida. Cuando golpeó el techo de un edificio, pudo sentir cómo corroía ligeramente el metal. "Lluvia ácida", habrían dicho los científicos.

Goti se deslizó por un canalón y cayó en una alcantarilla, entrando en un sistema de túneles oscuros que la llevaron a una planta de tratamiento de agua. Allí, máquinas

y productos químicos limpiaron a Goti y sus compañeras, eliminando las impurezas que habían recogido en la ciudad.

Después, fue bombeada a través de tuberías hasta llegar a una casa. Salió por el grifo de la cocina, donde una niña llenó un vaso con agua. La niña bebió a Goti, que ahora viajaba dentro de un cuerpo humano, ayudando a mantenerlo hidratado y saludable.

Horas después, Goti salió del cuerpo de la niña y volvió al sistema de alcantarillado, que la llevó de vuelta a un río y, finalmente, al océano, donde comenzaría de nuevo su ciclo interminable.

Cada gota es parte de un ciclo eterno y perfecto que mantiene la vida en la Tierra. Cada gota tiene una historia que contar, si supiéramos escucharla.

La próxima vez que veas una gota de agua brillando en una hoja, o sientas la lluvia en tu rostro, o bebas un vaso de agua, recuerda a Goti y su increíble viaje. Porque esa gota podría haber sido parte de un glaciar antiguo, haber caído sobre pirámides o castillos medievales, o haber sido bebida por reyes o dinosaurios.